

# LAS CARTAS DEL MAGO

“A los deseos infinitos... deseos imposibles, pero reales.”

## Capítulo I

En aquel pueblo hacía horas que habían cesado ya los gritos de los niños, con sus juegos, con sus peleas, sus continuas carreras... Hacía horas que el aire se había llenado de los repiques lentos y acompasados de los esquilonos del ganado, retornando a sus establos desde las majadas próximas... Hacía horas ya que las diminutas casas del pueblo, se habían ido apagando poco a poco, dejando a la niebla y a la luna dueñas de las sombras y del silencio de aquel hermoso valle, perdido entre montañas y hórreos centenarios.

Hacía horas que el valle se había quedado dormido, mudo... Sin tiempo. En soledad...

Sólo una exigua y escasa luz, vieja y amarillenta, se veía iluminando ya sin fuerza el chigre del pueblo, donde resistían al cansancio de las tareas del día unos pocos aldeanos del pueblo.

Unas cartas –unos viejos naipes- un juego de cartas que llegaba a su fin era el centro de atención de aquellos pocos ensimismados. Las cartas –descoloridas- se movían rápidas entre las manos de aquellos viejos que, mecánicamente, ajustaban entre carta y carta un escaso pitillo entre sus dientes...

Risas, gritos y golpes sobre la mesa. Las cartas tiemblan entre sus manos; otro día más entre el humo del tabaco y el olor de aquel serrín mojado por la sidra.

Y allí, en una esquina de la mesa, allí estábamos Nel y yo. Inseparables. Intentando aprender el mágico juego de aquellos viejos; hipnotizados por el ir y venir de las descoloridas cartas.

Cartas. Única distracción; el juego de los mayores, de los viejos del pueblo. No de unos guajes como nosotros, que dejábamos cualquier ocupación sólo por ver deslizarse sobre el tapete verde de la mesa aquellas viejas cartas, que con frágiles sonidos se mezclaban unas con otras, con un clac-clac que nos atraía irresistiblemente.

Poco a poco, las cartas van perdiendo movimiento y la partida llega a su fin, entre comentarios de las jugadas realizadas y de jugadas imaginadas. Las cartas descansan; las cartas olvidan otro día...

## Capítulo II

El humo del tabaco y el olor a sidra se quedan solos en el chigre, mientras aquellos viejos van saliendo lentamente, buscando sus frías madreñas a la entrada del bar. Avanzan por el camino hasta perderse mezclados entre la bruma, las risas y el rumor del río...

Nel y yo –inseparables- nos quedamos entonces solos; tal como él había pensado. Y nos dispusimos a hacer algo que deseábamos desde que éramos todavía más niños...

Retrocedimos lentamente hasta el bar, escondidos en la oscuridad de aquella noche que ya presumíamos mágica. Llegamos al chigre y entramos sin dificultad por la pequeña puerta trasera. Una vez dentro Nel me dirigió rápidamente hacia el mostrador para buscar una de las velas e iluminar el local.

Colocamos en el centro de la mesa la vela, que difícilmente iluminaba los bordes de aquella vieja mesa de madera, a la que disimulaba su deterioro un tapete verde.

Nel me indicó el lugar donde reposaban las cartas, allá tras el mostrador de madera repleto de vasos y botellas de sidra que dormían cansados de la actividad de aquel día. Como si de un tesoro se tratara, volví con las cartas atrapadas entre mis manos temblorosas y las coloqué con suavidad en el centro de aquel tapete que me había esmerado en limpiarlo.

Nos sentamos frente a frente –las cartas separándonos- . y nos miramos indecisos, con miedo a empezar aquella partida que tanto tiempo habíamos esperado, que tanto habíamos soñado...

### Capítulo III

Comencé el reparto de las cartas. Atrapé las cartas y mirando fijamente hacia Nel, las acerqué hasta tenerlas protegidas debajo de mi barbilla. Después, en un movimiento rápido aprendido de aquellos viejos, giré las cartas para saber qué suerte había tenido...: Tres de Copas, Tres de Oros y Rey de Copas. No está mal para empezar, pensé, mientras volví a mirar fijamente a Nel para intentar descubrir cómo le había ido.

No alcancé a ver su cara; la luz de la vela se había hecho todavía más reducida. Miré la primera carta para iniciar la partida: el tres de copas. Al tiempo que acercaba mi mano hacia aquella carta, parecía como si la visión se hiciese cada vez más dificultosa; como si el dibujo de las tres copas fuese desapareciendo poco a poco...

Apreté con fuerza la carta, cerré los ojos y antes de ponerla sobre el tapete, los abrí para convencerme de que era la carta que había elegido...Pero ya era imposible: no había ningún dibujo en la carta... Se había quedado totalmente...¡¡ en blanco!!

No tuve tiempo para detener mi mano que ya golpeaba con fuerza encima de la mesa, como hacían los viejos con aquel ruido seco y único. Pero para mi asombro no fue aquel sonido el que se escuchó. Un estruendo a nuestras espaldas inundó toda la oscuridad del local; la luz de la vela se agitó violentamente haciendo mil juegos de sombras sobre las viejas paredes, al tiempo que un ruido infernal atravesó nuestros cuerpos y en nuestras piernas sentimos infinitos pedazos de cristales rotos... suponíamos que de aquellas copas que habían desaparecido en la maldita carta.

Y fueron llenando todo el suelo del bar, mezclándose entre el serrín mojado por la sidra. Y la carta en blanco, sobre el tapete verde...

No sé el tiempo que transcurrió, pero durante infinitos segundos nos quedamos inmóviles, aterrados por aquellos ruidos de cristales rotos. De tres copas rotas en infinitud de pedazos...

Po fin, el local fue recobrando la tranquilidad habitual. El silencio se adueñó de nosotros; las manos tensas apretaban con fuerza las cartas. No quisimos –o no pudimos tal vez- movernos de aquellas viejas sillas, inmutables, acostumbradas a vivir miles de emociones.

Sobre el viejo tapete, la carta parecía resplandecer, iluminando nuestros rostros aún más que la incrédula vela que se mantenía con imposibles equilibrios sobre la mesa, después del temporal de cristales.

Iluminados por la extraña luz, pudimos comprobar boquiabiertos cómo fue apareciendo primero una copa y después otra en mi carta, en aquella carta antes totalmente

blanca. Y al tiempo que los dibujos de las copas renacían, una brisa helada movía –otra vez– alocadamente la llama de la vela, desfigurando las sombras. Sólo dos aparecieron, solo dos copas...

No sé por qué no escapamos de aquel chigre convertido en infierno. No sé qué hacíamos esperando inútilmente a que apareciese la última copa en la carta brillante. Acompañando la eterna espera oímos lejano, muy lejano, un sonido mágico parecido al roncón de una gaita...dulce...envolvente. Nos hizo recordar las tardes bajo el hórreo, con los acordes de la gaita sonando con maestría, gracias al abuelo...

El sonido fue haciéndose más y más lejano, desapareciendo...Supimos entonces que la tercera mágica copa no volvería a aparecer en la carta. Un escalofrío nos hizo temer qué pasaría si continuábamos la partida. Miré mis dos cartas aferradas a mi mano y comprendí que no deberíamos de estas por más tiempo en esta partida encantada: ¡¡ el oro del as, había desaparecido...!! Miré rápidamente hacia la otra carta... ¡¡y estaba desapareciendo también...!!.

No quisimos saber más de aquella partida; tiramos las cartas, saltamos de las sillas y corriendo entre montones de cristales que cubrían el suelo salimos huyendo mientras comenzábamos a oír cada vez más fuerte el ruido aquel cada vez más ronco, cada vez más cerca...

¡¡ Ruidos de gaitas mágicas...ruidos de millones de cristales rotos...!!.. Infernal fue nuestra salida del chigre.

Corrimos sin parar por las calles del pueblo ya vacío al alba, con las primeras luces del amanecer reflejadas en el río. ¿Tanto tiempo había pasado allí dentro, con aquella partida...?

No llegué a saber cuándo nos separamos Nel y yo, si es que nos separamos, en aquella carrera loca y ciega hacia nuestras casas. No supe cómo entré en mi habitación, ni cómo me encontré en un momento bajo las sábanas de la cama que me cubrían totalmente, entre sudores y escalofríos, buscando la forma imposible de olvidar la noche que habíamos pasado Nel y yo...

## Capítulo IV

El amanecer no hizo desaparecer de nuestras cabezas todo lo que habíamos visto; todo lo que nos había sucedido la noche anterior. Durante todo el día estuvimos buscando una explicación inexistente, al tiempo que imaginábamos miles de excusas para justificar a los demás todo el desbarajuste que iban a encontrar en el chigre.

Llegó la noche y la hora de acercarse, por fin, hacia aquel lugar... Esperábamos con ansia las explicaciones de los viejos del pueblo, pues seguro que entre todas las historias de extrañas apariciones, duendes, tragus, güestias y demás, alguna razón encontrarían a lo sucedido.

Pero, para nuestra sorpresa...¡¡todo estaba en su sitio!! Todo estaba tal como ellos habían dejado la noche anterior: sin rastro de los cristales que cubrían todo el suelo por culpa de aquella mágica copa; las cartas estaban ordenadas –como dormidas- en el sitio de todas las noches. Dispuestas para ser otra vez el centro de la vida; la única ilusión...

Todo en un extraño orden; incomprendible para Nel y para mí. Nos convencimos entonces de que todo lo que había sucedido había sido fruto de nuestra infantil imaginación y de nuestros deseos de hacer cosas imposibles. Así, que como todas las noches, buscamos nuestro rincón para observar la partida y oír también las viejas historias de xanas, cuélebres y ánimas en pena...

Creo que vi a Nel dormirse; y yo, cansado y agotado de la larga noche, no pude aguantar apenas unos minutos más...Dormido profundamente, perdí el control del tiempo, soñando con juegos y más fuegos, sonidos...sonidos...sonidos...

¡Aquel sonido, aquella música...! Me resultaba conocido aquel sonido en los sueños... ¡¡La gaita!! ¡¡..Algo iba a suceder...!! Entonces bruscamente Nel y yo despertamos al tiempo, sobresaltados y engullidos por aquella música que ya conocíamos: aquel sonido de gaita, ronca y dulce. Aquel sonido que ayer nos había cautivado cada vez que sucedía algo extraordinario.

Y allí, en la mesa con los viejos... ¡¡estaba él!! Dispuesto a iniciar una partida contra todos nuestros viejos; allí estaba. Un extraño viejo, como un duende, como un mago, como un...Sí, ¡¡ como un Rey de Copas !! Allí estaba, sentado enfrente de nosotros, dispuesto a iniciar la partida. Su barba espesa y blanca, sus ropas...sí, era él. Y desafiante exigía una apuesta para la partida...Para la Partida del Diablo, pensamos Nel y yo.

## Capítulo V

De su boca salió una voz como un trueno; ronca pero dulce, como aquel extraño sonido que venía acompañándonos desde la noche anterior. Exigió para la partida que apostasen lo más valioso que tenían; nos miramos todos en la mesa y se apostó lo más valioso: la baraja, las cartas. No existía nada de más valor; las cartas lo eran todo, la vida...

El asintió con la cabeza y metiendo la mano en aquella túnica de extraño rey buscó algo para apostar... Volvió a aparecer su mano cerrada. Lentamente la fue dirigiendo hacia el centro del viejo tapete verde ante la mirada intrigada de todos nosotros... El contacto de su mano en la mesa nos hizo mover en la silla a Nel y a mí.

Fue separando poco a poco la mano y bajo ella apareció... ¡¡ un doblón de oro...!! ¡¡ Era la moneda desaparecida de la carta...!! Allí estaba, reluciente sobre el tapete y alumbrando con su luz amarillenta todas nuestras caras...

La partida se inició, pero Nel y yo no pudimos prestar atención a nada más: estábamos intentando buscar la relación entre nuestras cartas desaparecidas de la noche anterior y los objetos y la persona extraña que se nos aparecía ahora. Pero no había explicación...

El tiempo pasó y pasó sin control. No sé cuando se acabó la partida. Ganó él; ya lo sabíamos Nel y yo. Cogió la moneda de oro que había estado todo el tiempo en el centro de la mesa y su otra mano se acercó hasta una copa que no habíamos reconocido: ¡¡ la copa desaparecida ¡!.

Bebió lentamente y una vez terminado se levantó. Y ante nuestra mirada, antes de llegar a la puerta del bar... ¡¡ desapareció...!! Sobre la vieja mesa, sobre el tapete verde, quedaban las cartas de aquella extraña baraja. Había ganado, pero no las había llevado consigo.

Decididos, los viejos recogieron el mazo de cartas para comenzar una nueva partida, sin dar más importancia a lo sucedido: el juego era lo único que importaba. La rutina atrapada en las cartas. Su vida...

Nel y yo, corrimos rápidamente fuera del chigre intentando inútilmente alcanzar a aquel viejo. En el suelo había tirado en su salida una extraña y reluciente moneda, que recogí como el mayor de los tesoros...

Y allá, lejos, le vimos iniciando el camino hacia el bosque, a la montaña. Su extraña figura fue desapareciendo entre la niebla que ya inundaba todo el valle, dejando tras sus pasos una senda marcada y profunda en la ladera de la montaña.

Una senda que –aún hoy- unos pocos pueden ver; unos pocos pueden adivinar...

## Capítulo VI

Hace tiempo que Nel y yo dejamos de ser niños... Hace tiempo que la niebla con su melancolía sigue buscando a aquel extraño acompañante por todos los rincones del valle... Hace tiempo que Nel y yo –inseparables- seguimos subiendo día tras día por aquella senda en busca de la magia de su encuentro...en busca de la ilusión de lo desconocido...del recuerdo imposible...

Por eso amigo, si un buen día atraviesas los valles de esta tierra por sus infinitas sendas, sus misteriosos caminos...y encuentras una vieja moneda cógela con cuidado, con ilusión: es parte del tesoro de aquellas mágicas cartas...

Y si además escuchas –lejano- el sonido ronco y dulce de una gaita...no tengas dudas: piensa que algo extraordinario va a suceder...que algo extraordinario está sucediendo...

Estás ya en el Lugar Mágico...

FIN